

LAS NUEVAS CORRIENTES ANTI-ESTADO Y EL ANARQU-ISMO

ORIGINAL

"No hay pues, respecto al poder, un lugar del gran Rechazo -alma de la revuelta, matriz de todas las rebeliones, ley pura del revolucionario. Sino diversas resistencias..." (M. Foucault)

La existencia de una filosofía antiautoritaria (vieja o "nueva") y de corrientes anti-Estado ajenas al Movimiento anarquista no es un hecho nuevo ni algo que deba sorprendernos. Ni siquiera por el hecho de que no haga referencia alguna a los teóricos del anarquismo clásico. Lo paradójico es que todavía haya muchos anarquistas a quienes cueste tanto el reconocer esta evidencia: que ni el Anarquismo (con mayúscula, para instituirlo en corpus doctrinal) es todo el summum del pensamiento antiautoritario, ni la praxis Anarquista (para instituir-la en Movimiento) ha siempre sido la práctica más consecuente de la libertad y de la autonomía.

Querámoslo o no, la crítica conceptual más acerba del Poder y las negaciones más radicales del Orden provienen actualmente de pensadores y grupos independientes que no quieren ser asimilados con ninguna ideología y que, precisamente, fundamentan su independencia y su antiautoritarismo en la negación de la subjetividad objetivada por la sistematización de la libertad erigida en Doctrina.

Cierto es que en el vasto campo de este nuevo antiautoritarismo teórico y práctico pululan "pensadores" de muy diversos pelajes, y que no sacan y aplican siempre todas las consecuencias de su impugnación antiautoritaria; pero es también cierto que en el seno del Anarquismo se ha podido constatar la presencia de muy "singulares" pensadores y el mismo tipo de contradicciones. Sin olvidar que, en el caso de la mayor parte de estas nuevas corrientes anti-Estado, se trata más bien de un unilateral y desgarrado repudio del dogma marxista⁽¹⁾ que de una global puesta en causa del pensamiento autoritario. Sin referirnos a los casos más dudosos (pero no por ello menos significativos) de esos "nuevos" profetas del liberalismo antietatista "new-look"⁽²⁾ tan mentado últimamente en ciertos círculos "progresistas"...

Ahora bien, no cabe la menor duda de que la existencia de estas corrientes (de disidencia y de contestación antiautoritarias), en el seno de las modernas sociedades postindustriales, es un hecho que no podemos negar o ignorar, y que a nuestro entender adquiere una importancia capital en estos momentos de crisis y ocaso del Anarquismo institucionalizado y de repliegue generalizado del movimiento revolucionario. Es por ello que, sin hacer -ahora y aquí- el análisis de estas corrientes filosóficas, políticas e ideológicas anti-Estado, trataré sin embargo ^{de} poner de relieve las causas que -a mi entender- han impedido e impiden todavía el encuentro del Anarquismo con este antiautoritarismo intelectual y con el antiautoritarismo autónomo en general. No sólo porque puede ser útil para comprender las actuales contradicciones e impotencias del Movimiento anarquista interna-

cional, sino también porque me parece necesario, urgente y posible superar este divorcio absurdo y llegar a una fraternal y eficaz convergencia de todas las corrientes antiautoritarias que luchan contra el Estado y las tendencias autoritarias en las sociedades contemporáneas.

LA CONTESTACION ANTIAUTORITARIA Y LA DISIDENCIA...

Desde Mayo 68 asistimos a un vasto proceso de contestación del sectarismo y del autoritarismo, de todos los aparatos dirigentes y de las burocracias que han confiscado en su exclusivo beneficio el Poder -ya sea directamente a través del Estado o simplemente al interior de las Partidos y las Organizaciones sindicales. Es más, desde que Soljenitsine obligó -hasta a los propios Partidos comunistas occidentales- a reconocer la existencia y la magnitud del Gulag, "el continente historia dentro de la teoría científica, el Socialismo (con mayúscula)", no ha cesado de engendrar disidencia...

Esta contestación y esta carne sacrificada (en nombre del Socialismo) han conseguido -por fin- hacer caer las caretas y abrir los ojos de muchos intelectuales y obreros marxistas, obligándoles a pensar su historia: bien diferente de aquella que en nombre de la Teoría pontificó sobre la Historia del Movimiento Obrero (no olvidar las mayúsculas) y guardó silencio sobre las generaciones de obreros, de campesinos e intelectuales que marchaban (bien escoltados) hacia los campos de exterminio. Obligándoles a pensar su historia... y a repensar la ideología y el proceso de interiorización del autoritarismo por el movimiento revolucionario.

No es de extrañar, pues, que este proceso de descubrimiento e impugnación de los "excesos" del Poder (de todo Poder) haya conducido a numerosos intelectuales y militantes obreros a descubrir e impugnar el autoritarismo implícito en todo proyecto (reformista o revolucionario) que pretenda conseguir el "bienestar" de los hombres pese a ellos. De ahí que la mayoría haya entrado inevitablemente en disidencia...

Así, a su manera y en todas las latitudes, los disidentes testimonian en favor de la libertad contra el autoritarismo -aunque no todos lo hagan en los mismos términos y adopten las mismas actitudes de resistencia y negación frente al Poder. No olvidemos que los viejos resabios autoritarios y las vicisitudes de la vida cotidiana están ahí para provocar, en muchos casos, discursos y conductas paradójicos, contradictorios, que acaban integrando la disidencia en un marginalismo folklórico o en una simple oposición de poder al Poder. Y los hay también que, sin proyección real sobre el mundo o prematuramente fatigados por las decepciones, los anatemas y hasta las agresiones físicas de que han sido víctimas, no hacen otra cosa que destilar su pesimismo... En este sentido son más bien una buena ocasión para repensar nuestro ingenuo optimismo que una lúcida reflexión desembocando en una acción contra la mentira y la barbarie.

No obstante, en estos tiempos en que el Orden democrático y el Orden to-

talitario colaboran a escala planetaria para "la instauración de un Orden cósmico, no es de desdeñarse todo nuevo aporte a la crítica del autoritarismo. Cuantos más sean aquellos que se pregunten ¿por qué siempre el Poder?, y ¿por qué inevitablemente acaba en barbarie?, más potente será entonces la impugnación y más eficaz la resistencia frente a todas las manifestaciones de la Racionalidad e irracionalidad autoritarias. Porque nos parece que más que saber si hay o pueden haber sociedades sin Poder, lo que urge e importa saber hoy es de donde viene su perennidad, por qué gira y no pasa, por qué trabándolo al cuerpo de los hombres, el Destino o la Cultura lo enraizan en el firmamento de nuestros horizontes...

POR UN ANARQUISMO AN-ARQUICO

No, no se trata de una tautología, sino de una aspiración legítima; porque, en efecto, también existe un Anarquismo autoritario, como igualmente existen un Anarquismo folklórico y un Anarquismo demagógico. Basta para encontrarlos con tropezarse con todos aquellos Anarquistas (con A mayúscula) que no reconocen otro anarquismo que el de las Federaciones nacionales o el que se manifiesta a través del ritual orgánico (sin olvidar sus anatemas y sus expulsiones, etc.).

Sí, me parece que ha llegado la hora de pronunciarse por un anarquismo an-árquico, antiautoritario, para la anarquía y no para el Anarquismo; porque al presente "la distinción rebasa -como dice Fernando Savater⁽³⁾- en importancia el simple juego de palabras o la sutileza escolástica". Y porque "anarquismo", además, "suena indefectiblemente a uno de esos métodos o caminos políticos, más o menos constituídos, que se concretan en 'partidos', de los que uno 'es' o 'puede hacerse' en los que uno se 'encuadra' o en los que se 'milita', hasta el día feliz en que lleguen a triunfar y prevalecer sobre los restantes." Y esto sin olvidar que estamos inmersos (de los pies a la cabeza) en una sociedad política y culturalmente autoritaria, que nos matraca y condiciona desde la más tierna infancia, y que sería absurdamente pretensioso creer que, por el simple hecho de considerarnos o llamarnos anarquistas, estamos definitiva y totalmente inmunizados contra todas las tentaciones autoritarias.

Sin remontarnos a las referencias bakuninianas a una "disciplina de hierro" o a una "dictadura invisible", ni a sus sociedades secretas que debían ser el motor de la revolución (Bakunín fue, al menos, todo su vida un luchador, un revolucionario consecuente), y sin siquiera apoyarnos en la "ejemplar" experiencia de la participación gubernamental de los anarquistas españoles, la tenaz persistencia del sectarismo ideológico en las relaciones entre los propios anarquistas es un irrefutable testimonio de la existencia de este Anarquismo autoritario, que debemos denunciar y combatir para que el anarquismo sea verdaderamente un movimiento de reflexión y praxis antiautoritarias, para la anarquía, y no su propia negación.

Está hoy archidemostrado que mientras la mentalidad del hombre no cambie, mientras su formación (social y cultural) siga siendo autoritaria, toda forma de

organización tenderá a convertirse en Organización (con mayúscula) y sus estructuras, por simples y abiertas que sean, tenderán también a convertirse en aparato burocrático. La falla, la trampa sigue siendo la confiscación de la acción y la representatividad de un grupo por una minoría o por un individuo, ya sea por abdicación "libremente consentida" o por imposición más o menos sutil. La sumisión al sistema jerárquico de la "responsabilidad orgánica" se obtiene con el consentimiento y la aprobación de los militantes, de la "base"; ya sea porque no les queda más remedio o porque de alguna manera les acomoda. Así, esta sumisión (dimisión) hace surgir inevitablemente la dicotomía dirigentes/dirigidos. Y eso sin necesidad de recurrir abiertamente a lo que los comunistas llaman, por antifrasis, "centralismo democrático". El propio Bakunin lo había comprendido, cuando afirmaba: "Cuanto más se organicen los anarquistas tanto menos anarquismo tendrán".

El enemigo de la libertad no es únicamente el autoritarismo de los otros sino también nuestro propio e inconfesado autoritarismo. Ahora bien, si es el autoritarismos (de unos y de otros) el que mata la libertad e impide que el hombre realice sus deseos y viva "amor y realización como algo cotidiano y en sociedad", está claro que no se resuelve el problema dándole la espalda a la sociedad y negando la organización... En otras palabras: que no basta con invertir los términos de la frase de Bakunin para obtener lo contrario; cuanto menos se organicen los anarquistas tanto más anarquismo tendrán. El individualismo a ultranza, el marginalismo total, la evasión social o el gamberrismo no resuelven el problema que plantea el autoritarismo, ni tampoco sirven para hacer emerger y defender "islotos" de libertad en esta geografía domida por entero por la racionalidad autoritaria; porque no cabe la menor duda de que, tratándose de la libertad, o la vivimos todos o no la vive nadie. Además, porque olvidar que el enemigo existe, que nos amenaza continuamente y que si no le resistimos acabará precipitándonos en la barbarie, es el modo más seguro de facilitarle el camino y de contribuir a su triunfo.

Así pues, me parece que el dilema no está en enfrentar la espontaneidad con la organización, sino en impedir que esta última se convierta en Organización, matando la espontaneidad y la autonomía de sus miembros. El dilema es organizar la lucha contra la muerte sin sacrificar la vida, y para ello me parece imprescindible preservar y extender los valores de la vida (la espontaneidad, la autonomía y la fraternidad) en cada instante y a todos los niveles de la lucha.

Las luchas sociales más significativas de estos últimos tiempos tienen como rasgo común el que no están dirigidas por potentes y bien estructuradas organizaciones, ni están encaminadas a obtener del Estado una determinada conc_esi_on, sino a despojarlo de su poder en un punto bien preciso. Así ponen de manifiesto la voluntad de organizar la actividad del grupo al margen del Estado y de todo control ideológico mediante la recuperación de la libertad de acción confiscada. De ahí que antiburocratismo, antidirigismo, autodeterminación, autonomía y autogestión sean las palabras más reivindicadas por los protagonistas de estas luchas y por los que pre-

tenden teorizarlas. Pese a las trampas y a la capacidad de seducción de la sociedad de gran consumo, las reivindicaciones cualitativas, antiautoritarias, vuelven a constituir el núcleo esencial de la aspiración revolucionaria, hasta en el seno del propio movimiento obrero mediatizado. El antiautoritarismo no es pues una actitud exclusivamente individual; también puede ser una práctica colectiva en la medida que el impulso y la orientación, además de la realización, vienen siempre de la base, del conjunto de individualidades que constituyen la colectividad.

El rasgo más característico del movimiento libertario español, por ejemplo, fue su carácter masivo, el que su acción se desarrollara (a lo largo de más de medio de siglo) a través de organizaciones de masas. Pero, contrariamente a lo que algunos pretenden, no fue el número de afiliados de la CNT lo que dio su fuerza al anarquismo en España, sino la impregnación de las ideas anarquistas en capas profundas de la sociedad española lo que permitió esa afiliación masiva. "Sin aquella impregnación la CNT era imposible"⁽⁴⁾. Es más, sin una praxis anarquista consecuente del conjunto, contra el burocratismo, el dirigismo y la manipulación, la CNT no habría sido otra cosa que una organización sindical más. Prueba de ello es que al abandonar esta praxis comienza su ocaso.

El problema crucial para el anarquismo es pues el de la impostura; el no ser, efectivamente, un anarquismo anárquico, antiautoritario, antisectario, antiburocrático, antidirigista, abierto a todas las corrientes y a todas las praxis antiautoritarias, liberado de ídolos y de banderas, sin complejos de superioridad, sin dioses ni amos.

CONTRA LAS CERTITUDES TRANQUILIZADORAS Y LAS ESPERANZAS DESMOVILIZADORAS

Si no queremos caer en la impostura que denunciarnos en los otros (de la Izquierda a la extrema izquierda), debemos reconocer francamente que si el anarquismo se hubiese institucionalizado, como ya se ha institucionalizado el socialismo, es muy probable que hubiese desembocado en parecidos Gulags e idénticas sociedades burocráticas, monolíticas, totalitarias. Afortunadamente, el anarquismo no ha sido institucionalizado ni en la Historia ni en el Poder, salvo en formas caricaturales y marginales de grupos-secta que han pretendido instituirlo en Iglesia... Lo que prueba el peso y perennidad de los hábitos mentales y comportamentales de imposición y sumisión.

En este sentido, el optimismo y el pesimismo históricos aparecen también como manifestaciones de la misma resignación frente a la fatalidad de lo establecido, y de ahí la tenaz persistencia de los viejos topos ideológicos, que tanto en el campo marxista como en el libertario, han servido y sirven de último soporte y consuelo para una fidelidad doctrinal cada vez más dogmática y sectaria: el de "la lucha de clases como mecanismo de la historia", para los marxistas, y el de "anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía va la historia", para los libertarios.

Pues bien, creo que si esta imposibilidad de escapar a la tentación de

adherir a las certitudes tranquilizadoras y a la esperanza en un mañana mejor es comprensible, no por ello debemos dejar de denunciar su carácter fatalista y desmovilizador cara al presente (lo que es tenía que ser). Aceptar esos topos, refugiarse en ellos y esperar que el Tiempo, la Historia, nos traiga en bandeja la Revolución, es la manera más cómoda y peligrosa de dejar para mañana y pasado mañana ("cuando las condiciones objetivas estarán reunidas") la resistencia al Poder y de acomodarse a la situación presente -con la ventaja de seguir tranquilamente proclamándose revolucionario!

Me parece pues que es ya hora de denunciar la ilusión de esa Historia portadora de esperanza y de un radioso porvenir, de ese Optimismo que afirma que la Historia tiene un sentido y que su curso tiende hacia lo mejor... Porque al designar al Hombre como un peregrino de un destino que él se construye con sus propias manos, al leer la Historia como la conquista de un mundo que se hace a medida que se anda en él, no se hace más que afirmar y confirmar la concepción de la clase dominante -concepción que funda sobre el 'trabajo' el principio de su dominación y que legitima, al mismo tiempo, el poder de ese trabajo y la dignidad del nuevo Poder que funda sobre él su preeminencia (el credo liberal). Y porque al designar al hombre como actor de una interminable génesis, pensando el tiempo bajo la forma de una implicación continua de causas donde todo se desarrolla como necesaria aplicación de principios, se reconoce el rol determinante de la Técnica y de sus poderes demiúrgicos, que es lo que la burguesía ha venido patrocinando hasta aquí.

Los rebeldes que luchan contra la Dominación, y que no aspiran a instaurar otra forma de dominación, no luchan en nombre de la Historia, Consciente o confusamente piensan en el fin de la Historia; pues me parece que no ha habido rebelión, en el sentido de libertad, que no haya sido rebelión contra el Tiempo... "Pues es lo cierto que, como todo el mundo sabe, mundo no hay más que éste, y de él forman parte así los recuerdos o mitos de los hombres y su posterior constitución científica en Historia como también las esperanzas del Día Final de la Justicia o las amenazas del Juicio Final o la Apocalipsis: todas esas imaginaciones o ideas de otros mundos son también constitutivas de este mundo, y para nada pueden servir en punto a enfrentarse con él y a negar eficazmente el Estado y la Idea de su Tiempo", como dice García Calvo⁽⁵⁾.

Predicar la espera y la paciencia, invitar al proletariado a prepararse y a endurecerse, supeditar la irrupción revolucionaria a una hora que jamás llega, es olvidar de hecho una cosa muy simple: una hora que no llega es una hora que se eterniza, una contradicción que madura es una crisis que se resuelve, una clase que se prepara es -siempre- una clase que se integra. En enseñar la paciencia es aprender la colaboración... En otras palabras: que para "recobrar la plenitud de nuestro ser individual y colectivo", para realizar nuestras aspiraciones de libertad, para abrir las puertas del porvenir a la imaginación, debemos comenzar hoy o no lo haremos nunca.

¿ VIVIR LA ANARQUÍA HOY ?

Abandonadas las quimeras tópicas de un revolucionarismo teórico que no supo o no pudo tomar en cuenta toda la complejidad humana y social, no queda más remedio que poner firmemente los pies sobre esta realidad que ha hecho vacilar y abandonar tantas convicciones, y buscar y experimentar críticamente nuevas respuestas.

Así pues, "afirmar la vida frente a la mera supervivencia a que se nos condena", como corrientemente se afirma ahora, puede ser ya una manera de comenzar a vivir la anarquía hoy. Teniendo bien presente que para afirmar la vida hay que rechazar el inmovilismo, la esclerosis del pensamiento y de la acción, la autosatisfacción del que está convencido de detentar la Verdad y marchar por el Buen sendero.

Hoy sabemos que el instinto de vida, lo que asegura la existencia y la continuidad de la especie, es esa prodigiosa capacidad de duda, de estar alerta, de rebelión frente al fatalismo natural, social o metafísico. De ahí que la crítica de la política y de la ideología, como la crítica de la ciencia, deba ser un ejercicio continuo y convertirse en un incesante cuestionamiento de nuestras certitudes y nuestras propias dudas, en "una articulación de vacilaciones" y en "un descreimiento activo"⁽⁶⁾. Frente a las teorías completas, cerradas, y a los proyectos revolucionarios terminados, prestos a su puesta en obra, nuestra crítica debe ser abierta, sin pretensiones de curso magistral y con una gran dosis de sincera incertidumbre.

Ciertamente, encontrarse de la noche a la mañana en la actitud de uno cualquiera que se descubre con la cabeza y las manos vacías al final de un largo viaje, como les ha ocurrido a muchos de los disidentes revolucionarios, no debe ser ni muy agradable ni muy tranquilizador... Finalmente, el Marxismo y el Anarquismo, en tanto que ismos, tenían algo de "bueno"; dispensaban de pensar, servían de brújulas, permitían encontrar, en todas las circunstancias, el Norte... Con tales instrumentos no se dudaba jamás y tampoco se equivocaba uno. Nuestra Ciencia y nuestro Ideal, y, por lo mismo, nuestra Conciencia, siempre tenían razón. Los anarquistas también éramos como los otros: detentábamos la Verdad. Y poco importaba si el anarquismo, llevado a sus últimas consecuencias, no puede ser otra cosa que una actitud de rechazo de toda forma de autoridad política o conceptual, y en consecuencia de toda certitud y sistematización de la reflexión.

Vivir la anarquía hoy es pues denunciar las contradicciones autoritarias del Anarquismo y contribuir a la búsqueda y formulación (sin fórmulas, pero con principios válidos para todos) de un anarquismo anárquico consecuente con sus principios fundacionales; es decir: sin dogmas ni actitudes sectarias, abierto a todos los cuestionamientos y experiencias libres, antiautoritario, y que por fin permita y posibilite el encuentro de los anarquistas con todos aquellos que se oponen más o menos conscientemente a la dominación del hombre por el hombre. Y esto no solo por simples razones de ética libertaria (la anarquía debe ser el resultado del deseo y la acción de todos y no únicamente la 'obra' voluntarista de un grupo o una vanguardia de iluminados), sino también porque frente a la extrema complejidad del

mundo en el que vivimos y a la aplastante presencia y permanencia de las fuerzas de la explotación y la dominación, nuestra acción revolucionaria no puede pretender (abandonada la ilusión de la Gran Tarde para mañana o pasado mañana) más que a afirmar, extender y a lo sumo coordinar las "diversas resistencias..."

Vivir la anarquía hoy es reintroducir al interior de los grupos (que se pretenden antiautoritarios y revolucionarios) la práctica de una crítica y de una autocrítica cotidianas, sin discriminaciones ni anatemas, y sin petulantes paternalismos. En dejar un poco de lado la fácil denuncia ideológica del Estado, el Capital, la Religión, los Partidos, etc., etc., y tratar de comprender lo que hay aun de tentador en la tentación autoritaria; para explicar por qué el autoritarismo recluta en tan gran número y por qué aparece y reaparece al interior mismo de los discursos y las praxis (individuales o colectivas) que pretenden negarlo y combatirlo. Para -como dice Garcia Calvo- "en cualquier caso, no deducir conclusiones teóricas, planes o consignas de ningún tipo, sino dejar que la producción de la teoría sea directamente lo que es: acción, actuación, lucha, praxis revolucionaria y demonios desencadenados".

Quizás todo esto no sea suficiente para potenciar nuestra influencia en la historia de cada día y poner fin a la Historia que nos imponen los que nos explotan y dominan; pero al menos dejaríamos de ser la caricatura paradigmática de los utopistas de la libertad. Tanto porque en nuestra lucha por ella seríamos entonces teóricamente y prácticamente consecuentes, como porque al hacer coincidir nuestro discurso con nuestra conducta, las palabras con los hechos, podríamos ser al fin tomados en serio (por todos aquellos que se oponen más o menos conscientemente a la dominación) al dejar de bordar en el vacío o de negarnos a nosotros mismos -como ocurre ahora frecuentemente.

Octavio Alberola.

NOTAS : Notas; a

- (1) Como dice A. García Calvo: "No sólo por la lectura de Marx se hace uno marxista (ni, desde luego, por afiliación ninguna), sino que también se es marxista por nacimiento". (APOTEGMAS A PROPOSITO DEL MARXISMO)
- (2) Desde los resucitados Milton Friedman, Friedrich von Hayek, Bertrand de Jouvenel, etc., hasta los "nuevos" economistas anti-Estado de los USA, pasando por todos los socialistas que revalorizan el capital y la empresa privada.
- (3) En "PARA LA ANARQUIA".
- (4) Felipe Orero, en "Reflexiones sobre lo libertario al margen de una encuesta", en EL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL, editado por Cuadernos de Ruedo Ibérico.
- (5) QUE ES EL ESTADO.
- (6) Fernando Sayater, ibidem.